

Efectos sociales del desempleo

El coste económico del desempleo es, ciertamente, alto, pero ninguna cifra monetaria refleja satisfactoriamente la carga humana y psicológica de los largos períodos de persistente desempleo involuntario. La tragedia personal del desempleo ha quedado demostrada una y otra vez. Podemos ver la inutilidad de buscar empleo en San Francisco durante la Gran Depresión:

Me levanté a las cinco de la mañana y me dirigí al muelle. Habría unos mil hombres a las puertas de la azucarera Spreckles Sugar. Todos sabían de sobra que sólo había tres o cuatro puestos de trabajo. Salió un hombre acompañado de dos pequeños detectives Pinkerton y dijo: «necesito dos hombres como vigilantes y dos para entrar en el agujero». Unos mil hombres lucharon como una jauría de perros de Alaska para entrar, pero sólo cuatro lo consiguieron

O podemos escuchar el recuerdo de un trabajador desempleado de la construcción:

Llamé a los talleres de techado y no me necesitaban, pues tenían hombres que llevaban cinco o seis años trabajando para ellos. No había tantas vacantes. Tenías que tener un título universitario para la mayoría de ellas. Y yo estaba buscando *cualquier* cosa, desde lavar coches hasta lo que fuera.

Entonces, ¿qué hacer durante todo el día? Vas a casa y te sientas y comienzas a frustrarte. Toda la familia empieza a ponerse nerviosa, a discutir por cosas estúpidas, pues están todos confinados en ese espacio todo el tiempo. Toda la familia se queda como aturdida por la situación.

Sería sorprendente que estas experiencias no dejaran cicatrices. Algunos estudios psicológicos indican que el despido generalmente es un fenómeno tan traumático como la muerte de un amigo íntimo o el fracaso escolar. A finales de los años ochenta y principios de los noventa, muchas personas que perdieron el empleo eran directivos bien remunerados, profesionales y otros empleados no manuales similares que nunca se habían imaginado que iban a perder el empleo. Para ellos, el desempleo fue un golpe terrible. Escuchemos la historia de un directivo de edad media que perdió el empleo en 1988 y seguía careciendo de un trabajo permanente en 1992:

He perdido la batalla para mantener mi posición en la economía actual... Estaba decidido a buscar trabajo, pero a medida que pasaban los meses y los años, comencé a deprimirme. Sólo puedes ser rechazado un determinado número de veces; a partir de entonces, comienzas a preguntarte si vales para algo⁴.

Quizá la prueba más dramática de los efectos sociales de las recesiones económicas sea el caso de Rusia tras la terapia de choque de las reformas de mercado. En 1995 uno de cada cinco trabajadores estaba sin trabajo y la producción real había disminuido vertiginosamente. El estado de salud de la población empeoró extraordinariamente: la esperanza de vida de los hombres pasó de 64 años en 1990 a 57 en 1995. Salvo en períodos de guerra, ningún país industrial ha experimentado nunca una disminución tan grande del estado de salud de la población como la que se ha registrado en Rusia con la depresión económica actual.